

## CASI FUE UNA TRAGEDIA

Dos niñas estaban jugando en el patio que había delante de su casa nueva. La mayor se llamaba Martina y tenía cinco años de edad y el nombre de la menor era Hilma, quien tenía tres años.

La familia a la que pertenecía la casa seguía ocupando parte de ella, y su hijito Carlos de tres años, estaba también jugando con las niñas.

Momentos antes, las niñas habían estado muy afligidas porque habían visto a su madre bajar por las escaleras con un vestido bonito y se dieron cuenta de que iba a ir a alguna parte.

- ¿A dónde vas, mamá? – preguntó Martina.

- Voy a llevar un tarro de leche a la Sra. Juárez.

- ¿Para qué?

- Para que me haga un rico queso. Habrá muchas otras señoras que le van a llevar leche.

- Quiero ir contigo mamá – dijo Martina, y su hermanita pidió también con tono lastimero:

- Mamá, quiero ir también. ¿Puedo?

Le costaba a la mamá decir que no a sus hijitas, pero ella sabía que no convenía llevarlas, así que les dijo firmemente:

- No queridas; lo lamento, pero no podréis acompañarme esta vez.

Ambas niñas se pusieron a llorar.

Su hermanita Selma estaba durmiendo, y tanto la abuelita como la mamá no querían que despertasen a la chiquita, así que la madre dijo enseguida:

- No lloren, y os pondré vuestros vestidos rojos antes de irme. Podéis usarlos hasta que yo regrese. ¿Qué les parece?

- ¡Oh, qué lindo! – contestaron las niñas al unísono y dejaron de llorar.

Inmediatamente les puso la mamá los vestidos nuevos y tomando el tarro de leche, se fue. Pero antes de irse les habló del pozo abierto que el papá no había tenido tiempo de cubrir. Recomendó a la abuelita que no dejase a las niñas acercarse a dicho pozo, y a ellas les dijo que se mantuvieron lejos de él.

Hacía apenas algunos minutos que la madre se había ido cuando la abuela dio a las niñas permiso para ir a jugar afuera.

- Tengan cuidado de no ensuciar sus vestidos, y no se acerquen al pozo – dijo la abuela cuando ellas salieron precipitadamente de la casa.

Era un lindo día de primavera, y la hierba estaba bien verde y tierna. Las dos niñas, juntamente con Carlitos, se divertían en gran manera.

Pero trataban de no ensuciar sus vestidos y se mantuvieron lejos del pozo por un tiempo hasta que Carlitos dijo:

- Tina, quiero agua.

Martina tomó al muchachito de la mano, y pronto se arrodilló a la orilla del pozo para sacar algo de agua con las dos manos, como formando una copa, y así le dió de beber a Carlos. Cuando Hilma vió a su hermana sacar agua para Carlitos, a ella también le dió sed.

- Yo también quiero agua, Tina – dijo.

Nuevamente Martina se arrodilló a la orilla del pozo para sacar agua y ofrecerla a su hermanita. Por un motivo u otro, perdió el equilibrio y cayó en el pozo que estaba lleno hasta el borde con agua del manantial.

Carlitos se alejó corriendo del pozo tan ligero como se lo permitían sus piernas, pero Hilma empezó a correr alrededor y gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

La abuelita oyó los gritos y se acercó apresuradamente al pozo; pero antes que llegase, Martina había logrado salir, y estaba allí de pie con su vestido chorreando. Ese pozo tenía como dos metros de hondo pero no era muy ancho. El brocal había sido con piedras desperejadas, de manera que la niña había encontrado lugares donde asentar los pies y había podido salir.

La abuelita le sacó su vestido colorado, y después de retorcerlo, lo colgó en la rama de un cerezo cercano. Una vaca que estaba en el campo de pastoreo cercano, vió el vestido rojo colgado del árbol, y picada por la curiosidad, cruzó el cerco para examinarlo de cerca. Pero esto no le bastó. Se puso a masticar el vestido.

Este era bastante resistente, pero a fuerza de masticarlo, la vaca lo dejó reducido a condición de trapo cubierto de espuma.

Al regresar la mamá, vio a las niñas entrar en la sala con algo rojo y muy raro en la mano.

- ¿Qué traes allí?

Pero la abuelita sólo dijo:

- ¡Oh! – pues le bastó una mirada para darse cuenta de lo que había pasado.

Contó entonces a la mamá todo lo que había sucedido desde que ella se había ausentado.

Por mi parte, no puedo recordar ninguna cosa de lo que sucedió en mi casa desde ese momento hasta que tuve cinco años, que fue cuando aconteció otra cosa que me impresionó muchísimo. Porque, debo deciros, que yo era Hilma, la niña de tres años.

Cuando los niños no son obedientes, tienen que sufrir las consecuencias. Martina cayó al pozo y la vaca le arruinó su vestido colorado nuevo porque no habíamos obedecido ni a mamá ni a abuelita. ¿Os parece que Martina era buena al tratar de dar agua a Carlos? Parecería que sí, pero ella podría haberle dicho que entrase en la casa a pedir un vaso de agua. No nos olvidemos de lo que dice en Colosenses 3:20: "Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; porque esto agrada al Señor"